
CAPÍTULO I

15

Acerca de las categorías de estilo, carácter y estructura en Psicodiagnóstico

Helena. Lunazzi de Jubany

La tarea propia a la enseñanza del Psicodiagnóstico, nos ha enfrentado al requerimiento de la necesaria explicitación del campo disciplinar, tal como lo entendemos. También debimos desarrollar las categorías de fundamentación y abordaje metodológico que corresponden a la disciplina. Recordando la frase del epistemólogo Jean Piaget: “Uno no entiende lo que ve, sino que ve lo que entiende”, fue necesario proponer una lectura¹ que delimitara ciertas propiedades del objeto complejo a tratar, así como los parámetros teórico-técnicos a ser observados. Durante la enseñanza, acuñamos la definición del psicodiagnóstico como “proceso vincular técnico encuadrado”, en el cual un acontecimiento habría de tener lugar: la “captura” de ciertas dimensiones profundas de la subjetividad. Dimensiones que habrían

ABIELETRAS PSICODIAGNÓSTICO V

¹ *Lectura del Psicodiagnóstico* (1992) Editorial Fundación de Belgrano.



de ser puestas de manifiesto en la red de recurrencias y convergencias que atraviesan todo el proceso.

Disponer de categorías para pensar los “hechos”, permite no sólo reconocerlos sino otorgarles el carácter de indicadores y pensarlos en su polisemia. Un grupo de categorías de probado valor heurístico en el Psicodiagnóstico, sin embargo, mostró carecer de la imprescindible explicitación. El presente aporte está dedicado a ellas: estilo, carácter y estructura. Estas nociones se hallan omitidas en el diccionario de psicoanálisis más popularmente consultado. Sin embargo constituyen, en particular las nociones de carácter y estructura, alusión frecuente en las prácticas clínicas y en los textos. El concepto de Estilo, como hipótesis psicoanalítica fue en nuestro medio originalmente desarrollado en relación a las configuraciones lingüísticas y transferenciales por D. Liberman y D. Maldavsky. Retomaremos al respecto de esta categoría, aspectos de sus contribuciones, aunque nos centraremos especialmente en el fecundo aporte que D. Shapiro hizo al tema.

No nos guía la pretensión de proponer categorías, en los términos de la teoría clásica de las categorías², “claras y distintas” harto inadecuadas para los paradigmas complejos en los que se inscribe nuestra lectura del psicodiagnóstico. Por ello, invitamos a

² Najmanovich Denise, “Teoría clásica de las Categorías”. Esta supone que:

- Existen Clases Naturales con límites definidos y precisos.
- Todos los seres humanos usan el mismo sistema conceptual.
- El significado concierne a la relación símbolos-cosas, es decir se supone un modelo «referencial».
- La razón es trascendental y la gramática es forma pura.

Publicado en Revista *Temas de Psicopedagogía*. Publicación de la Fundación Eppec. N° 7, Agosto 1998. Buenos Aires.



nuestros lectores a pensar en grados de relación o parentesco entre las categorías que desarrollaremos, en lugar de compartimientos estancos. Aún más los convocamos a concebir modelos formales y dinámicos: la subjetividad humana presenta invariantes pero es también un proceso con atravesamientos, integraciones y transformaciones. No es una entidad, una “cosa”, sino la configuración que adopta un proceso y este proceso se mantiene según leyes de regulación de su economía.

Les propongo las preguntas que siguen, como el punto de partida para el itinerario que recorreremos en el presente trabajo, itinerario que si logrado, pretende acercarnos a sus respuestas.

- 1.- ¿Cuál es el interés que presentan las categorías de Estilo y Carácter, en el Psicodiagnóstico Estructural?
- 2.- ¿Los estilos que D. Shapiro define como “Estilos Neuróticos” corresponden a la estructura neurótica?
- 3.- ¿Existe un buen grado de alianza entre el estilo y el carácter o eventualmente el carácter devendría discordante respecto del estilo? ¿Cuándo?
- 4.- Definido el Carácter como “lo no mórbido de la estructura” ¿pueden proponerse patologías en el carácter?
- 5.- ¿Observamos el estilo e inferimos el carácter o a la inversa?, ¿ambos constituyen la personalidad, o la personalidad los implica?
- 6.- ¿Pueden establecerse nexos comunicantes entre las categorías de estructura, estilo y carácter? ¿Cuáles?

Introducción

El aporte que continúa es el fruto de un largo trabajo desarrollado en el seno del equipo docente de la cátedra Psico-diagnóstico. A partir del reconocimiento de las necesidades de contar con nociones teóricas apropiadas para ser articuladas en la diferenciación de los casos y de delimitar el uso de ciertos términos al campo de la disciplina psicodiagnóstica, tiempo atrás construimos en la cátedra espacios de lectura y discusión de bibliografía y material clínico. Los horarios de consultas dados a los estudiantes también me permitieron evaluar en el estudio de los casos, la utilidad de disponer de los conceptos de Estilo, Carácter y Estructura y de continuar en el trabajo de diferenciar sus manifestaciones en los casos.

Corriendo el riesgo de cometer alguna indeseada omisión, menciono a los siguientes participantes de los grupos de discusión: Nélida Álvarez, Marta García de la Fuente, Diana Elías, Favia Fernández, Soledad de la Fuente, Mónica Bedetti, Paula Solanet, Graciela Gómez Llera, Graciela Herrera, Carolina Espinosa Viale, Isabel Burgos Fonseca, Eugenia Palacios Vallejos, Verónica Silva Acevedo, Virginia Espinel, Claudia Alberca, Andrea Adler y recientemente Lisandro Tapia. Menciono en especial a Patricia Antonini, quien estuvo a cargo de una de las últimas compilaciones del material que se había desarrollado.

Trataremos el tema en los siguientes pasos:

- I.- Noción de estilo
- II.-Noción de carácter y acerca de la patología del carácter
- III.-Noción de estructura
- IV.-Bordes y diferenciación de dichas nociones respecto del concepto de personalidad.
- V.-Aplicaciones en Psicodiagnóstico.



I- El concepto de Estilo

Acceder a la noción de estilo nos exige un enfoque formal, es decir, abstraer y representar modos reconocibles de configurarse varios funcionamientos.

En lingüística, se definirá más bien al estilo como la elección que debe hacer todo texto entre cierto número de disponibilidades contenidas en la lengua. El estilo así entendido equivale a los registros de la lengua, a sus subcódigos. A esto se refieren expresiones tales como “estilo figurado”, “discurso emotivo”, etc. La descripción estilística de un enunciado no es otra cosa que la descripción de todas sus propiedades verbales (Ducrot, Todorov, 1995). La referencia a la lingüística que introducimos, tiene por cometido plantear que se tratarán de elecciones o configuraciones selectivas que operan sobre un amplio abanico de posibilidades o componentes.

En la literatura psicoanalítica, Kris sugiere que se puede estudiar mejor el estilo invirtiendo la separación entre lo único y lo convencional. Dice Kris: “En lugar de aceptar la división forma –contenido que se mantiene en muchas áreas de la historia y la crítica del arte, la orientación psicoanalítica sugiere el valor de establecer su interrelación” (Kris, 1955). También esta referencia, nos acerca a concebir los estilos en cierta interfase, por fuera de la subjetividad y de lo normativo.

En la antigüedad se llamaba estilo a un instrumento de grabado. El estilo hace marca sobre una superficie volviendo identificable un cierto diseño, legible o pictórico. En nuestro caso las distintas producciones (discurso, tareas, vínculos que despliega el sujeto en el proceso psicodiagnóstico) permitirán reconocer configuraciones especiales y características de su funcionamiento, que llamaremos estilo. Todos los sujetos tienen su estilo, pero sólo algunos modelos de los estilos han sido descriptos, en especial por David Shapiro. El estilo se conforma con patrones de pensamiento, emoción y acción que tienen



una larga historia y no pueden alterarse con facilidad. Incluye modos de organización de la experiencia, espacio, tiempo, humor, etc. Tal aseveración anticipa que sólo serán claramente reconocidos los estilos cuando representen organizaciones estables, dentro de la personalidad del sujeto.

Siguiendo a David Shapiro (1971) “Con estilo me refiero a una forma o tipo de funcionamiento –el modo o manera de un área dada de conducta- que es identificable, en un individuo, a través de una gama de sus actos específicos. Con “estilos neuróticos” quiero significar esos modos de funcionar que parecen característicos, respectivamente de los diversos estados neuróticos. He de considerar aquí particularmente las clases de pensamiento y de percepción, los modos de experimentar la emoción, las formas de la experiencia subjetiva en general y los tipos de actividad que van asociados a las diferentes patologías”.

Dice Shapiro “Es mi esperanza proporcionar al menos *un bosquejo* de cuatro estilos neuróticos principales: obsesivo-compulsivo, paranoide, histérico e impulsivo”.

“Me parecía que estos modos de pensamiento, habitualmente utilizados para identificar mecanismos de defensa, rasgos y síndromes diagnósticos y para establecer, en general, un dibujo de caracterización psicológica, deben en sí mismos representar estructuras psicológicas de importancia y estas estructuras deberían ser de un tipo más general que los rasgos específicos que pudieran inferirse de ellas” (Op. Cit. pág. 14).

Entender estas formas o estilos generales de funcionamiento, como matriz de rasgos específicos o síntomas, permite comprender y explicar el hecho de que un sujeto desarrolle determinados síntomas y no otros (“elección de neurosis”) y cuáles componentes particulares se disponen de modo que se instale un carácter y no otro.

Las correspondencias que existen en el funcionamiento de un individuo, son compatibilidades formales que el autor llama "correspondencias de estilo individual", (que en su carácter de impresiones clínicas, dan cuenta de la estabilidad de un sujeto a través del tiempo) y se advierten en que los síntomas o rasgos aparecen regularmente en el contexto de actitudes, intereses, aptitudes y afinidades sociales con el que guardan cierta compatibilidad.

Según Shapiro, la matriz o el equipo psicológico para las funciones generales (conocimiento, experiencia afectiva, etc.) es, en forma rudimentaria, proporcionado por la constitución humana. Los elementos que forman este equipo psicológico rudimentario (aparatos sensoriales y perceptivos, aparatos para memorizar, alguna clase de afecto, equipos liberadores de tensión, etc.) están relacionados y parecen operar desde el nacimiento: el equipo innato, impone desde el comienzo alguna forma y organización sobre la experiencia subjetiva, sobre las tensiones internas y los estímulos externos; y, al mismo tiempo, las variaciones individuales del equipo influyen sobre la calidad de las funciones desarrolladas, de manera que pueden considerarse como fuentes independientes de estilos individuales.

El niño está equipado entonces con una capacidad organizadora de tensión, pero no es pasivo, su conducta no es inmediata y totalmente dependiente del impulso biológico y los estímulos externos. El niño existe psicológicamente en esa medida, y su psicología constituye un factor autónomo en la determinación de su conducta, así, en esa medida, se puede hablar de comienzo de estilo psicológico.

El desarrollo y diferenciación de la configuración organizadora inicial, procede bajo la influencia tanto del mundo externo, como de la continua maduración. Ella influye desde el comienzo en el desarrollo del individuo, porque el desarrollo avanza a través de formas ya existentes que evolucionan siempre a través de transformaciones y nunca por adición.

Seguimos con el pensamiento del autor: el grado de determinación innata disminuye a través del tiempo y es considerablemente



menor en el caso de los estilos adultos, “cuanto más específico es el rasgo de estilo, menos es la responsabilidad innata en él” (Op. Cit. pág. 230).

La emergencia de cualquier tensión confronta las formas existentes con todas las potencialidades que le sean intrínsecas. La tensión de impulso es el punto focal del despliegue de toda una amplia fuente de nuevos desarrollos incluyendo la maduración de capacidades físicas, musculares y nuevas tendencias de comportamiento.

La tensión de impulso, en su comienzo es muy difusa en el plano subjetivo, casi un ímpetu, pero basta para provocar una reacción en el sujeto. A partir de la experiencia real y dependiendo de la circunstancia, la tensión inicialmente difusa se organiza en nuevas calidades de experiencia subjetiva, nuevas calidades de afecto y satisfacción y nuevos tipos de comportamiento. Por ejemplo: el niño llora al principio simplemente por incomodidad (no por su madre). La madre responde y el bebé queda satisfecho, entonces, durante la experiencia, la tensión difusa se hace más organizada y dirigida (eventualmente con claridad hacia la madre). Con esta direccionalidad aparece la anticipación de la satisfacción, una sensación de expectación y confianza, y así, mayor capacidad para soportar dilaciones de la satisfacción. De esta manera se desarrolla un nuevo equipo organizador de tensión, y la tensión original se convierte en intención. Fue creada una estructura conservadora de tensión que no es igual a la estructura organizadora misma.

Todo esto está determinado por las potencialidades inherentes al impulso, por la naturaleza de las circunstancias exteriores, por el momento en que el impulso halle oportunidad de satisfacción y por la configuración inicial de formas organizadoras de tensión (Shapiro, págs. 233-234).

Tomemos, por ejemplo, el estilo paranoide que orienta al sujeto a buscar indicios o “claves” dentro de los estímulos que recibe o información, para “descubrir suspicazmente” la prueba de las intenciones hostiles hacia él. Predominantemente tenderá a utilizar la defensa



de proyección (de la hostilidad al exterior de sí mismo). Su experiencia subjetiva acerca de sus emociones e impulsos, habrá transitado desde una vivencia primaria de tensión por vulnerabilidad (que permanece inconsciente) a la conformación de una autonomía rígida e inestable, despegada de sus propios afectos e impulsos subyacentes. Toda esta configuración de componentes también se acompañará con una “pérdida de realidad”, ya que su direccionalidad al encuentro de la clave lo alejará de experiencias espontáneas, amplias o innovadoras en su vínculo con la realidad. A su vez, esta configuración organizadora receptiona consecuentemente cada nuevo estímulo o experiencia, tendiendo a tramitarlo imponiéndole sus características.

Resumiendo el pensamiento del autor, cuando se presenta el equipo psicológico organizador y se desarrollan y diferencian los modos de funcionamiento, si seguimos ilustrando con el estilo paranoide, el estado del individuo pasa de un relativo desamparo ante tensiones impulsivas a una mayor intencionalidad, y la tensión difusa se convierte en actividad intencional dirigida y en expectación.

Así, a partir de estos modos de organización y reorganización de las tensiones, de las reacciones, las transformaciones, etc., y teniendo como base las capacidades innatas, la historia y las experiencias individuales es como va constituyéndose el estilo, esa matriz que “estampará” su forma en cada aspecto del funcionamiento del sujeto. A su vez, sin llegar a ser completamente cerrado, este modo se constituye en un sistema que se reproduce a sí mismo, ya que perpetúa modos característicos de énfasis selectivos sobre qué percibir y qué recordar y el empleo de defensas particulares al sistema estilístico.

En síntesis

El estilo “es una forma o tipo de funcionamiento -el modo o manera de un área dada de conducta- que es identificable, en un individuo,



a través de una gama de actos específicos” (D. Shapiro, pág. 13). Los “**estilos neuróticos**” son los modos de funcionar característicos de ciertas organizaciones patológicas, aquí llamadas “estados neuróticos”. Tales formas de funcionamiento estables y generales son responsables de la transformación personal individual de los impulsos instintivos y de los estímulos externos, la conducta manifiesta o el síntoma evidente.

Los estilos implican: clases de pensamiento y percepción, modos de experimentar la emoción, tipos de defensas y actividades que van asociados a las diferentes patologías, junto con, cierta pérdida de realidad. En suma, al decir estilo necesariamente estaremos hablando de: a) modos estables y generales de funcionamiento y b) una matriz o usina generadora de las fuentes materiales y energéticas, a partir de las cuales toman forma y presencia los funcionamientos.

Shapiro describe cuatro estilos neuróticos principales: obsesivo-compulsivo, histérico, paranoide e impulsivo. Sus estilos neuróticos pueden reconocerse teniendo en cuenta los siguientes ejes: 1) modos cognoscitivos, 2) defensas, 3) experiencia subjetiva de emociones e impulsos y 4) pérdida de realidad.

Podemos ya a esta altura, retomar la pregunta número 2, formulada al comienzo de este trabajo: ¿Los estilos que D. Shapiro define como “estilos neuróticos” corresponden a la estructura neurótica?

Al hablar de “estilos neuróticos” Shapiro refiere a modos patológicos reconocibles de funcionamiento, que constituyen agrupaciones consistentes de defensas, pérdida de realidad, efectos cognoscitivos y experiencias de la emocionalidad e impulsividad, características en cada estilo. Sus estilos, están desprendidos de la noción de estructura tanto neurótica, psicótica, o borderline. Podemos por lo tanto, reconocer la aparición de un estilo “impulsivo” o “histérico” en cualquiera de las estructuras. Sin embargo, en particular respecto del estilo “paranoide” diremos que en su grado leve, como “tendencia” paranoide, tanto puede mostrarse en la estructura neurótica como en



alguna de las polisintomatologías de los borderline. El estilo paranoide severamente organizado y sistematizado con una pérdida mayor de realidad, se inscribe en la psicosis.

II- La categoría Carácter

Comencemos con algunas definiciones: el término “carácter” deriva del griego, y significa “marcar”, acuñar, “señalizar”, aludiendo al acto de discernir un elemento identificable y perceptible en lo formal, una especie de sello que corresponde a una regularidad de presentación, una cierta estabilidad y consistencia en el ser.

El carácter es una marca, figura, signo o sello que plasma los rasgos esenciales de algo volviéndolos su distintivo. Es un conjunto de cualidades manifiestas que presentifican, por ejemplo, una subjetividad, la que entonces, se reconoce en sus rasgos. De este modo, psicológicamente, las maneras repetidas o características en que un sujeto se comporta (por ejemplo ordenado, metódico, prolijo) lo dan a ver- reconocer: son su sello o carácter.

También puede, metapsicológicamente, definirse el carácter como el nivel de funcionamiento manifiesto y no mórbido de la estructura (a diferencia de la sintomatología, que es el modo de funcionamiento mórbido de la estructura si esta se descompensa).

Retomando lo desarrollado sobre estilo, observemos que también hemos señalado su cualidad de reconocerse como formas o “estampas”, por lo que ambos conceptos podrían superponerse.

Si bien el estilo se constituye desde una matriz que posibilita cualidades de percepción y de pensamiento, la operación de ciertas defensas, los respectivos modos de experimentar la emoción y se

reconstruye en una gama de funcionamientos; en este nivel, respecto del carácter, se vuelve imprescindible delimitar su acepción psicológica de la metapsicológica.

~~Diferenciamos~~ en el concepto de carácter, su relación con el comportamiento manifiesto (característico) que consiste en la construcción por parte del trabajo del Yo, de una estampa que como repertorio de roles presentifica al sujeto y muestra el acuerdo histórico del sujeto consigo mismo.

Por otra parte, el carácter no sólo da a ver al exterior, también constituye el acervo de aprendizajes aceptados (sintónicos con el yo) por el sujeto y como tal opera facilitando su desenvolvimiento general en el presente.

Nos es útil revisar por un lado a) cómo se concibe el carácter en psicopatología y b) su nivel descriptivo desde el punto de vista psicológico.

a) Definición psicopatológica del carácter

En la conferencia 32, Freud sostiene: “eso difícil de definir que se llama carácter es atribuible por entero al yo. Tenemos asido algo de lo que crea a ese carácter. Sobre todo, la incorporación de la anterior instancia parental en calidad de superyó, sin duda, el fragmento más importante y decisivo; luego, las identificaciones con ambos progenitores de la época posterior, y con otras personas influyentes, al igual que similares identificaciones como precipitados de vínculo de objetos resignados”.

Los rasgos de carácter son una continuación inalterada de las pulsiones originarias, sublimaciones de ellas o bien formaciones reactivas contra ellas, que producen una ganancia colateral de placer y una satisfacción parcial sustitutiva. La diferencia de las formaciones



del inconciente es que en el carácter no opera la represión ni el retorno de lo reprimido.

27

Siguiendo a Freud, es importante tener en cuenta la diferenciación entre síntoma y rasgo de carácter.

Desde el inicio de su obra y en particular en sus *Nuevas Observaciones sobre las Neuropsicosis de Defensa* y en el *Manuscrito K* (1896), él hace referencia en los caminos de formación de síntomas a distintos momentos lógicos; tomaremos como ejemplo a la Neurosis Obsesiva, ya que es característica por las variadas formaciones caracteriales que presenta. Freud dice que en primer lugar se forma un “síntoma primario”: “escrupulosidad de la conciencia moral”, y esto indica el estado de salud aparente y de defensa lograda. Lo que aquí se denomina “síntoma primario” es un antecedente teórico conceptual de lo que más tarde se llamará “rasgo de carácter” en la neurosis obsesiva. (Esto será más tarde completado en *El carácter y el erotismo anal*, 1908). Luego de este síntoma primario están los “síntomas secundarios de defensa”, son las “medidas preventivas”, “los ceremoniales”, son los que luchan contra el retorno de lo reprimido; luego hay otra clase de síntomas que son “los actos obsesivos”, estos ocurren cuando la defensa recae sobre las medidas precautorias mismas, estos síntomas nunca son primarios, combaten un recuerdo obsesivo y su carácter de *zwang* (compulsión) y eterno retorno. Con un ejemplo: si el obsesivo se lava las manos para protegerse de la culpa y de la angustia, esto se hace compulsivo cuando la defensa adquiere el carácter inherente a la pulsión: la repetición. Ergo, se lava las manos una y otra vez y se ve compelido a repetir este ceremonial.

Por otro lado, para hablar del carácter obsesivo, está el costado de satisfacción que hay en esto, la ganancia de la enfermedad con la incorporación del síntoma al yo y la instrumentalización de ese síntoma en actividades cotidianas, por ejemplo, personas obsesivas que son hiperracionales, meticolosas y eficientes en su trabajo. Este es el otro costado del síntoma en su vertiente de ganancia, de plus de satisfac-

ción que hay en él. Por ello es tan difícil de deshacer, dado que, como dice Freud, el síntoma “está doblemente anudado” (Freud, 1932) desde lo consciente (y su infiltración e integración dentro de la organización Yoica) y desde lo inconsciente.

Teniendo en cuenta la diferenciación entre carácter y síntoma, el primero, metapsicológicamente hablando, estaría formado por la suma de identificaciones y elecciones de objeto sublimadas que se sedimentan formando el núcleo del Yo, donde las formaciones reactivas cumplen un papel preponderante.

En el síntoma, en cambio, hay otro mecanismo psíquico operando: hay transacción intrainstancias, es post-represión habida, son síntomas del retorno de lo reprimido.

El rasgo de carácter es egosintónico es decir, está en sintonía con el yo, no le molesta al sujeto (por ejemplo: ser avaro o escrupuloso) esto se sintetiza en la siguiente enunciación “Yo soy así”, pero es egodistónico con el otro, no le molesta al sujeto, no lo padece, pero le molesta al otro, el cual lo siente como displaciente.

Diferente es el caso del síntoma, el cual es por definición egodistónico, es lo que irrumpe con fuerza y hace sufrir al sujeto. Cuando se habla de síntoma, se habla de “formación sustitutiva”, en cambio cuando se habla de rasgo de carácter tenemos que hacer referencia a la “formación reactiva”.

Por formación reactiva se entiende (Laplanche y Pontalis, 1971) la “actitud o hábito psicológico opuesto a un deseo reprimido y que se ha constituido como reacción contra éste (por ejemplo, pudor que se opone a tendencias exhibicionistas)”. En este sentido también puede ser entendida como unos de los destinos de pulsión: transformación en lo contrario (es claro que la represión como mecanismo aquí no actúa, por eso es tan importante la diferencia entre “formación sustitutiva” y “formación reactiva”).

En términos económicos, la formación reactiva es una contracatexis de un elemento consciente, de fuerza igual y dirección



opuesta a la catexis inconciente. Sólo es contracatexia, son “los diques anímicos”, que menciona Freud en *Tres Ensayos para una teoría sexual* (1905) asco, vergüenza y moral, para que no “se escape” lo inconciente.

Para diferenciar:

- 1- En la formación reactiva tenemos contracatexia.
- 2- En la formación de síntoma otros movimientos más en juego operan: 1) Retiro de la catexia preconciente; 2) Atracción hacia el nódulo reprimido y 3) Contracatexia (su función es “mantener” para que lo reprimido no aflore).

La formación reactiva aporta beneficios al yo, ahorrándole los costos que acarrea recurrir al trabajo de represión.

“Las formaciones reactivas pueden ser muy localizadas y manifestarse por un comportamiento particular, o generalizadas hasta constituir rasgos de carácter más o menos integrados en el conjunto de la personalidad” (Laplanche y Pontalis, 1971).

En la neurosis obsesiva, por ejemplo, las formaciones reactivas adquieren la forma de rasgos de carácter, así por ejemplo el sujeto podrá mostrar compasión por sus pares, mientras que su agresividad inconciente se dirige hacia algunas personas.

“El sujeto que ha elaborado formaciones reactivas no desarrolla ciertos mecanismos de defensa para utilizarlos cuando amenaza un peligro instintivo; ha cambiado la estructura de su personalidad, como si este peligro se hallara siempre presente para estar preparado en cualquier momento en que el peligro aparezca” (Fenichel, O., 1957).

Anteriormente decíamos que la formación reactiva le ahorra al yo recurrir a la represión, pero esto tiene como consecuencia una modificación definitiva de la personalidad que queda de modo permanente, estructurada a expensas de formaciones reactivas, esto es importante de relacionar con el concepto de neurosis de carácter: es un tipo de neurosis en la cual el conflicto defensivo no se traduce por la formación de síntomas claramente aislables, sino por rasgos de

carácter, formas de comportamiento o incluso una organización patológica del conjunto de la personalidad.

Desde un punto de vista descriptivo, la defensa caracterial se diferencia del síntoma, sobre todo, por su relativa integración en el yo: desconocimiento del aspecto patológico del rasgo de carácter, racionalización, generalización, en un esquema de comportamiento, de una defensa originariamente dirigida contra un peligro específico.

Esta diferenciación entre síntoma y carácter, tal como estaba planteada en 1896, por Freud, da cuenta de que no había claramente establecida una teoría del carácter en ese entonces. El tema del carácter, ha tenido gran opacidad durante muchos años, según Shapiro: “No existía aún ninguna teoría de formas características de funcionamiento ni de “carácter” en ese sentido. El interés de los primeros trabajos psicoanalíticos sobre el carácter consistía más bien en un interés en el descubrimiento de las representaciones o derivados del contenido instintivo (sean continuaciones de tendencias precoces, sublimaciones de las mismas o formaciones reactivas contra ellas) dentro de rasgos específicos o grupos de rasgos.”

Acerca del carácter, según D. Shapiro: “No son sólo formas generalizadas de funcionamiento, sino también formas estables, hasta osificadas. El Yo está “endurecido”, las defensas están consolidadas y el conflicto primitivo se convierte en actitudes crónicas, en modos crónicos automáticos de reacción” (Shapiro cita a W. Reich, pág. 21).

No obstante, W. Reich, otro importante autor en el tema, plantea: “Nuestro problema no reside en el contenido o la naturaleza de este o aquel rasgo de carácter, sino en el origen y en el significativo trabajo del típico modo de reacción en general”.

Estos modos de reacción por ejemplo “restricción, freno y uniformidad en el vivir y pensar del obsesivo compulsivo” no pueden ser ya descritos exclusivamente en términos de contenido de tendencia primitiva. Las formas de carácter “no pueden ser derivadas

de los impulsos del individuo como el contenido de los rasgos de carácter; éstas proporcionan al individuo su sello particular” (W. Reich, 1949, pág. 196).

En relación a la postura de Reich, Shapiro considera: “Hay dos puntos en los que la pintura del carácter de Reich no es adecuada, y ambos están estrechamente vinculados. El primero se refiere al origen del modo general de reacción o forma de carácter, y el segundo concierne a su función. El carácter, a su criterio, surge totalmente a partir del conflicto instintivo infantil.”

Reich plantea que el carácter tiene una función defensiva y protectora. “Así, Reich no da el paso de concebir formas generales con una existencia estable independiente, de los requerimientos defensivos o conflicto instintivo. Tal descripción no toma conocimiento de modos característicos de funcionamiento en la relación de adaptación con el mundo externo o en la expresividad” (Shapiro Op. Cit, pág. 22).

La preocupación de Shapiro se interesa por ampliar justamente las consecuencias económicas y adaptativas de la construcción del carácter, más allá de la tramitación conflictiva.

Por su parte J. Bergeret sostiene: “Ya hemos comprobado la considerable diferencia que existe entre, por una parte, los abundantes conocimientos fragmentarios que poseemos sobre los problemas del carácter y, por otra parte, la precariedad de las síntesis que alcanzan a los diferentes niveles en los que podemos encontrar habitualmente elementos caracteriales.

La distinción dialéctica entre ‘neurosis de carácter’ y ‘carácter neurótico’, habitual entre los psicoanalistas contemporáneos, no parece haber producido avances en este dominio. Me resultaría fácil acusar, una vez más a los psicoanalistas por permanecer fijados en su óptica genital y edípica para explorar este ámbito, que los literatos o los biógrafos en general, y los biógrafos políticos en particular, conocen mejor que los psiquiatras, quienes no se sienten tan cómodos con él,

como ocurre siempre que se nos presenta de manera manifiesta un factor mórbido. (...)

Mis trabajos desde 1971 me han conducido a hipótesis que en principio delimitan tres niveles caracteriales muy diferentes (pág. 237):
1- el carácter propiamente dicho, 2- el plano de los ‘rasgos de carácter’,
3- el dominio de la llamada patología ‘del carácter’.

Hay una articulación de estos tres planos entre sí, por una parte, y por otra parte, entre esos tres planos con las estructuras de base.

“Considero el carácter como la emanación misma de la estructura profunda en la vida relacional (independientemente de todo factor mórbido eventual); el carácter constituye pues el testimonio visible de la estructura de base de la personalidad, el verdadero “signo exterior de riqueza o de pobreza estructural” (pág. 238).

Una vez terminada la crisis de la adolescencia, la estructura profunda se establece de manera definitiva o bien, en caso de estructuración anaclítica, un estado de organización se prolonga de manera bastante duradera, aún cuando todavía puede ser alterado.

“Pero, en uno u otro caso, en ese momento el acceso relacional traduce los modos de funcionamiento del yo en el plano defensivo y adaptativo, la manera en que se tratan las necesidades pulsionales, la naturaleza de la elección objetal, el nivel de conflictos, la categoría de las representaciones oníricas y fantasmáticas o las particularidades de la angustia latente. El carácter se fija también por sus aspectos relacionales manifiestos que dependen de las características estructurales latentes y en estrecha correlación con ellas”. Como lo ha definido H. Ey (1967) “el carácter es la fisonomía original de la individualidad psíquica” (pág. 239).

Actualmente, la mayoría de los autores parecen estar de acuerdo acerca de la estabilidad y la constancia del carácter. Esta constancia dependería tanto de los datos innatos del Yo como de factores adquiridos temprana y tardíamente a nivel de la estructuración, y que implican



las inevitables fijaciones y regresiones cuyas contorsiones más o menos arcaicas serían seguidas por el carácter.

La organización del carácter que corresponde a los acondicionamientos relacionales manifiestos de la estructura latente no puede proceder sino siguiendo paso a paso los progresos o fracasos de la evolución estructural: categoría de las zonas erógenas, posibilidades de cambio del objeto, acondicionamiento de la ambivalencia primitiva, reciprocidades de los principios de placer y de realidad, juego de identificaciones, negociación de las descargas pulsionales, constitución del superyó, etc.

Así, poco a poco, el carácter podrá o no podrá, al igual que la estructura, desprenderse de la relación fusional, luego dual, luego triádica, luego triangular en sentido estricto y finalmente en el sentido más amplio del término. Tendremos así que estudiar sucesivamente el carácter “psicótico”, “narcisista” o “neurótico”, de la misma manera en que lo hemos hecho a propósito de las estructuras de la personalidad.

Expresa al respecto el autor, que citamos: “A menudo se ha opuesto la trayectoria caracterológica a la trayectoria psicoanalítica; la primera aparece como descorazonadora, por la puesta en evidencia de un cierto automatismo que se ha tratado de distinguir de la compulsión de repetición descrita por los psicoanalistas, y que éstos tratan de poner en evidencia para permitir que el sujeto sea capaz de detenerlo. El psicoanalista se halla en posición ventajosa con respecto al caracterólogo, en la medida en que él penetra más en lo que especifica al carácter en tanto que modo de ser en el mundo, y también en la medida en que su aproximación fenomenológica se sitúa a un nivel tópico, económico y dinámico forzosamente más profundo que el del psiquiatra o el del psicólogo. El psicoanalista no puede dejar de emplear sus referencias de interpretación y sus métodos de escucha en la aproximación al sujeto que se examina, al igual que ese sujeto, en contrapartida, no puede ignorar que con él,



el psicoanalista, el modo de comunicación es forzosa y profundamente diferente” (Bergeret, pág. 240).

La revisión de aportes de autores que hemos hecho, ilumina algunas caras de este tema, por ejemplo: las relaciones del carácter y la estructura y el valor de considerar el carácter tanto cuando se plantean las potencialidades para la analizabilidad, como cuando se distinguen los abordajes psicológicos o psicoanalíticos.

Haremos, ahora algunas puntualizaciones para diferenciar el aspecto saludable del carácter, su diferencia respecto de la neurosis y los aspectos formativos u originarios del carácter.

Así para W. Reich, el carácter sería una alteración crónica adoptada por el yo en su labor defensiva ante los traumas, que le otorga cierta rigidez y lo lleva a denominarla “coraza caracterológica”. Lo “saludable” de la coraza caracterológica estaría dado por su flexibilidad en la resolución conflictual y en el sostén vincular afectivo.

Para Reich el carácter surge de un conflicto infantil y cumple funciones defensivas, ya que amarra los impulsos en formas estables, les limita la flexibilidad.

En cuanto a la diferencia entre carácter y neurosis, Isidoro Gurman³ dice: “El carácter o *yo soy así* escapa en su enunciado al peso de un sujeto encerrado en su propia fortaleza, en un estado dentro del estado, con un vigor que excede al parecer las fuerzas que pueden ser movilizadas en un tratamiento.

La diferencia entre carácter y neurosis es la siguiente: si bien en el desarrollo del carácter entran en juego las mismas fuerzas

³ “Carácter: un obstáculo en la clínica Psicoanalítica. Trastornos del carácter”, en *Revista Actualidad Psicológica* (Marzo, 1996) Año XX, N°229.



pulsionales, cuyo juego se ha descubierto en la neurosis, en el carácter hace falta lo que es peculiar en el mecanismo de la neurosis: el fracaso de la represión y el retorno de lo reprimido”.

Por su parte, la puntuación de Juan Navarro⁴ expone que los rasgos tempranos de carácter son la consecuencia de traumas tempranos, injurias narcisistas ocurridas antes de la adquisición de la palabra, con muy poca posibilidad de simbolización. Estos traumas ocurren en las postrimerías del narcisismo primario y comienzo de las relaciones de objeto, en el tiempo del yo placer purificado y el pasaje al yo real definitivo. Frente a esta situación traumática, el fracaso de los mecanismos de defensa obliga a una alteración del yo por formaciones reactivas frente a este autoerotismo, circunstancia que permite explicar los rasgos sádico anales tempranos y la aparición de neurosis obsesivas tempranas.

En estas últimas se privilegian como factores traumáticos: a) la hipertrofia pulsional (su valor hereditario) y b) la importancia del objeto externo en este período del desarrollo, en el sentido de proveer de aportes narcisistas; a su carencia o ausencia, se la denominará situación de desamparo.

Teniendo en cuenta a las formaciones reactivas, podemos entenderlas como una tercera variante en la constitución del carácter, ya no como la consecuencia de traumas tempranos, sino como expresión en el yo de la lucha defensiva contra la erogeneidad sádico anal en la neurosis obsesiva.

⁴ “Carácter anal. Trastornos del carácter”, en *Revista Actualidad Psicológica* (Marzo, 1996) Año XX, N°229.



Respecto al superyó, es decisiva su participación en la formación del carácter por medio de la identificación a la herencia familiar.

Acerca de la patología del carácter

Fenichel⁵ definió al carácter, como “las modalidades habituales del yo de adaptarse al mundo externo, al ello y al superyó, y los tipos característicos de combinación recíproca de estas modalidades.” Constituyen limitaciones patológicas en el modo de tratar el mundo externo, las tendencias instintivas y las demandas superyoicas.

En 1945, Fenichel clasificó los rasgos de carácter en “sublimatorios” y “reactivos”, según la energía fuera descargada libremente como parte del rasgo caracterológico o estuviera controlada por alguna contracarga que formara parte del mencionado rasgo. A partir de allí, subdividió el tipo reactivo en: comportamiento patológico respecto del ello, comportamiento patológico respecto del superyó, y comportamiento patológico respecto de los objetos externos.

O. Kernberg⁶ considera necesario reexaminar la clasificación de Fenichel, que desde un punto de vista dinámico clasificó los rasgos de carácter en “sublimatorios” y “reactivos”. Los primeros se acercan a la normalidad y no se prestan a nuevas subdivisiones. Los segundos reflejan una patología de la personalidad y se pueden distinguir dentro de él actitudes de evitación (fóbicas) y de oposición (formación reactiva).

⁵ Fenichel, O. (1945) *Teoría Psicoanalítica de las Neurosis*. Morata. Madrid.

⁶ Kernberg, O. (1978) *La Teoría de las Relaciones Objetales y el Psicoanálisis clínico*. Paidós. Buenos Aires.



La clasificación de Kernberg abarca tres desarrollos patológicos principales:

- 1) la patología de las estructuras del yo y del superyó
- 2) la patología de las relaciones objetales internalizadas
- 3) la patología del desarrollo de los derivados de instintos libidinales y agresivos.

Kernberg, propone reconocer tres niveles de patología del carácter, niveles en los cuales la patología de las relaciones objetales internalizadas, de los derivados instintivos, del yo y el superyó están comprometidas desde un grado de menor gravedad a mayor.⁷

Ellos son:

Nivel superior de organización de la patología del carácter: el superyó es integrado pero severo y punitivo. También el yo está bien integrado, al igual que la identidad del yo y sus componentes, el sí mismo, y el mundo de las representaciones. Las operaciones defensivas están organizadas en torno a la represión.

Las defensas caracterológicas son principalmente de tipo inhibitorio o fóbico, o bien formaciones reactivas contra las necesidades instintivas reprimidas. La infiltración de estas defensas por parte de elementos primitivos, es muy escasa. El yo del paciente puede estar limitado debido al uso exagerado de los mecanismos de defensa, pero sin llegar a deteriorar su adaptación social general. Sus vínculos objetales son bastante profundos y estables, y es capaz de experimentar duelo, culpa y una amplia gama de respuestas afectivas. Los derivados de las tendencias sexuales y/o agresivas están parcialmente inhibidos, y prevalecen la fase genital infantil y los conflictos edípicos, sin condensa-

⁷ Reproducimos los tres niveles de Kernberg en atención a que no todo lector de este trabajo esté familiarizado con su contribución.



ción patológica de tendencias sexuales genitales y pregenitales con predominio de agresión pregenital.

Nivel intermedio de la organización de la patología del carácter: en este nivel, el superyó está menos integrado y es más punitivo que en el nivel superior. Tolera las exigencias contradictorias de los núcleos superyoicos sádicos y prohibitivos por una parte y de formas primitivas (mágicas, sobreidealizadas) del ideal del yo por la otra. De este modo, las demandas contradictorias coexisten, produciéndose un desvanecimiento parcial del límite entre el superyó y el yo del paciente. La deficiente integración del superyó se expresa también en las proyecciones parciales de núcleos superyoicos (que se evidencian en una disminución de la capacidad para sentir culpa y en las tendencias paranoides del paciente), en contradicciones en las escalas de valores del yo y en marcadas variaciones del estado de ánimo; y explica también la aparición de defensas caracterológicas patológicas que combinan formaciones reactivas contra los impulsos, con una parcial manifestación de dichos impulsos. Las defensas de tipo inhibitorio son más escasas que en el nivel superior, en tanto que las formaciones reactivas se hacen más prominentes y hay mayor infiltración de los impulsos en los rasgos de carácter. Los mecanismos de defensa son la represión y otras defensas afines como la intelectualización y la anulación, pero al mismo tiempo aparecen tendencias disociativas del yo junto con proyección y negación. Predominan las características pregenitales, sobre todo orales, que representan en su mayor parte una regresión desde los conflictos edípicos, estando atenuados los componentes agresivos de los conflictos pregenitales. Los vínculos objetales siguen siendo relativamente estables.

Nivel inferior de organización de la patología del carácter: la integración del superyó es mínima, y las tendencias a proyectar los núcleos superyoicos primitivos y sádicos alcanzan su grado máximo.



Hay un grave deterioro en la capacidad de sentir culpa y preocupación, así como de realizar autocríticas. En este nivel, el sujeto presenta comúnmente rasgos paranoides originados en la proyección y sobre todo en la identificación proyectiva (que es en este nivel uno de los principales mecanismos de defensa del yo). Los límites entre el yo y el superyó se desvanecen. La escisión reemplaza a la represión como principal mecanismo de defensa, y se ve reforzada por el uso de la negación, la identificación proyectiva, la idealización primitiva, la devaluación y la omnipotencia. La función sintética del yo se ve gravemente perturbada y es notoria la alternancia de estados yoicos contradictorios. Hay una condensación patológica de los conflictos pregenitales y genitales con predominio de agresión pregenital, que se pone de manifiesto en los derivados de las tendencias infantiles perverso polimorfos con infiltración de elementos sádicos, que contaminan las relaciones objetales. El mundo interno de estos sujetos está poblado de las mejores o peores características de los objetos, no logrando considerarlos o relacionarse con ellos como una totalidad. Del mismo modo, la imagen interna de ellos mismos es una caótica mezcla de representaciones vergonzosas, amenazadas y exaltadas. La ausencia de un mundo integrado de representaciones objetales internalizadas totales y de un concepto estable de sí mismo produce el síndrome de difusión de la identidad.

Hay una gran labilidad yoica, que se refleja sobre todo en la intolerancia a la ansiedad, la falta de control de impulsos y la falta de desarrollo de canales de sublimación.

La contribución especial y original de O. Kernberg, como vimos, consiste en plantear para cada nivel de patología del carácter, las características que se corresponden en el grado de integración de las instancias psíquicas, la cualidad y nivel de las defensas operantes y de las relaciones objetales internalizadas. Sus difundidos "criterios de diferenciación clínica" encuentran así correspondencia con los distintos niveles de la patología del carácter.

b) El carácter desde el punto de vista psicológico

Recorrido el proceso de construcción del carácter como obra del Yo, fundado en las operaciones de Formación Reactiva y Sublimación así como los niveles de su psicopatología, nos resta reconocer el estatus psicológico del carácter. Habremos de decir que psicológicamente se aproxima al de personalidad (cuestión que veremos más adelante) y sitúa la experiencia relacional y conductual en la cual el sujeto no sólo se muestra, sino que persiste como unidad reconocible.

La noción de carácter posibilita que las conductas posibles de las personas se vuelvan predecibles en cierta medida y que podamos guardar una representación mental o fotografía mental de ellas. Será una representación que captura sus aspectos (rasgos) distintivos, esenciales y durables.

Para los sujetos la construcción de un carácter les brinda una armadura para estar permanentemente revestidos contra impulsos que fueron expulsados de la representación voluntaria y conciente de sí mismos: aquello que no quisieron o temieron ser⁸. Además y muy importante, el carácter facilita un equipamiento de procedimientos instituidos, es decir que no requieren ser ensayados y contruidos cada vez, como los caminos adecuados para la obtención de ciertas metas.

Veamos por ejemplo, ciertos circuitos de acción que se implementan diariamente, de modo automático, para conducirse socialmente: por ejemplo, contar con rasgos parsimoniosos en el carácter facultará frente a la resolución de problemas una posición metódica y controlada, así como frente a figuras de autoridad una

⁸ Explorar por ejemplo las Catexias negativas del Desiderativo, o las secuencias temáticas de anulación en los contenidos del Rorschach.



posición predominantemente reverencial. Ellas han sido las estrategias aprendidas por el sujeto para lidiar con sus presiones impulsivas en la vida relacional.

En síntesis

Con el término “carácter”, se fue identificando un conjunto relativamente estable de rasgos observables que se consideran emanados del funcionamiento de la estructura psíquica. Constituye la obra del trabajo del Yo, mediante Formaciones Reactivas o Sublimaciones.

Puede definirse como el modo de funcionamiento manifiesto y no mórbido de la estructura. Manifiesto porque es lo observable y presenta consistencia a través del tiempo. No mórbido, porque no le hace conflicto al sujeto (a diferencia del síntoma, que sí lo hace). Según J. Bergeret el carácter propiamente dicho es la emanación de la estructura profunda en la vida relacional, siendo el testimonio visible de la estructura de base de la personalidad.

El carácter propiamente dicho tiene cierta estabilidad y constancia, la cual depende de datos innatos del yo y de factores adquiridos tanto temprana como tardíamente a nivel de la estructuración (estos últimos factores implican fijaciones y regresiones cuyas contorsiones serán seguidas en el carácter).

La organización del carácter procede siguiendo los progresos o fracasos de la evolución estructural, por lo que podemos hablar, según este autor, de carácter Psicótico, Narcisista y Neurótico.

Bergeret aclara que debe diferenciarse “carácter neurótico” de “Neurosis de carácter”. El objetivo de los caracteres neuróticos no es enmascarar, evitar o reemplazar síntomas (como algunas neurosis de carácter), porque al nivel en que el carácter se expresa habitualmente no existe ningún elemento mórbido que necesite recurrir al compromiso mediante el modo sintomático. Así, el carácter neurótico



corresponde al modo de expresión relacional banal de la estructura neurótica de base en tanto ésta no se descompense.

Podemos ahora, luego de la revisión realizada, volver a las preguntas iniciales 3 y 4:

3- ¿Existe un buen grado de alianza entre el estilo y el carácter o eventualmente el carácter devendría discordante respecto del estilo? ¿Cuándo? y

4- Definido el carácter como “lo no mórbido de la estructura” ¿pueden proponerse patologías en el carácter?

3- El buen grado de alianza o por lo contrario de discordancia entre el carácter y el estilo, puede considerarse como resultado del trabajo mejor o peor logrado de la integración intrapsíquica, en particular de las estructuras de representaciones objetales y del sí mismo, que intervienen en la integración de la identidad. Una construcción exitosa e integrada de la identidad, presentaría armonía entre el estilo y el carácter, los que funcionarían en sintonía. Por ejemplo un estilo y carácter neurótico obsesivo.

Cuando el carácter es la armadura defensiva opuesta por el yo al avatar impulsivo temprano y estructura de base, por ejemplo cuando la fachada es neurótica obsesiva pero subyace una psicosis, encontramos seria discrepancia entre carácter y estilo.

4- Hemos visto que el carácter puede concebirse como no mórbido, porque: a) no constituye un síntoma displacentero y b) opera con funciones adaptativas y económicas. Sin embargo, dado que el carácter guarda relación con la organización interna o estructura de la que emana, pueden describirse diversos niveles en términos de mayor o menor compromiso patológico de la subjetividad. Ejemplo de estos niveles son los que propone O. Kernberg, o los niveles de evolución de la libido (oral, anal, uretral, fálica, genital) implicando mayor gravedad psicopatológica cuanto más temprana es la etapa de la fijación. También



podemos citar una segunda forma de patología del carácter: las caracteropatías. Para comprender estas últimas, pensemos que, en tanto armadura protectora del adentro y el afuera el carácter puede devenir en una caracteropatía, estado en el cual la rigidez e inflexibilidad de la construcción caracterológica lo hacen aparecer como muralla. En particular, este tipo de construcción caracterológica fue clásicamente descrito en psicoanálisis como defensa contra una perversión o la psicosis y es por lo tanto una muralla que deviene inexpugnable al tratamiento analítico.

Continuemos ahora con el término estructura

III- Estructura

Recordemos como dijimos que “la noción de estructura, en el campo psicoanalítico y psicopatológico, sobrepasa las condiciones semiológicas nosográficas”. Esto implica que apunta a las redes de relaciones y posicionamientos profundos de los sujetos, redes muy distantes de intentos clasificatorios de los síntomas manifiestos.

Epistemológicamente “estructura” es ante todo un modelo abstracto que implica un conjunto de elementos y sus leyes de composición interna. En el ámbito de las ciencias, este concepto se liga con otros de acuerdo a las especificidades propias de cada objeto de estudio.

⁹ Lunazzi de Jubany, H. (1992) *Lectura del Psicodiagnóstico*, pág. 88. Fundación de Belgrano.



En términos generales este concepto se liga a dos acepciones: a) a la disposición de las distintas partes de un todo y b) a la armazón que sostiene un conjunto.

Revisaremos algunos aspectos nodales de este tema para situar posteriormente, su uso en el psicodiagnóstico.

1) La estructura como método

El Estructuralismo

El pasaje de la lingüística estructural a la etnología, ocurrido en la década del '40 a través de Jakobson y Lévi Strauss¹⁰, produjo la universalización de principios metodológicos estructurales que abrieron un nuevo campo de investigación y que constituyen el estructuralismo propiamente dicho.

Estos principios metodológicos cuestionan dos supuestos implícitos en la noción de estructura tradicional:

A- la asimilación entre estructura y la organización interna de un conjunto;

B- la definición de un tipo mediante el agrupamiento de rasgos recurrentes en determinado número de organizaciones con exclusión de sus diferencias.

La estructura se sitúa en un nivel distinto al de los hechos observados, es inconsciente y se accede a ella por principios metodológicos diferentes. Es la investigación teórica, desdenando la experiencia

¹⁰ Lévi Strauss, C. (1970) *Antropología Estructural*. Eudeba.



inmediata, la que permite conocer la lógica interna de estas estructuras básicas. En el método estructuralista se desarrolla una epistemología del modelo, diferencia también estructura de organización. La organización remite al nivel de la representación de los sujetos que encubriría la estructura subyacente. Este enfoque, ha suscitado discusiones respecto del enfoque historicista, ya que diferencia la historia como continuo de acontecimientos, de la historia de las estructuras o estructuras diacrónicas (Lévi Strauss, 1970). Estas últimas, al ser abordadas con una metodología estructural se sitúan en un plano distinto y transforman la “historia” que se haría fuera del método. Se prioriza el punto de vista sincrónico, incluso para captar los desarrollos de un sistema.

2) Estructura en psicoanálisis

Lacan (1985) cambia la noción de sujeto que no es más agente de un proceso sino que queda sujetado a la estructura.

Lo estructurado -por el desvío de lo imaginario que hace que el sujeto se represente a sí mismo como agente- desconoce la acción que lo forma. El hombre está capturado antes de su nacimiento y después de su muerte en la cadena simbólica y no por lo que él se representa como significado. Es por ello que la lógica combinatoria al operar con variables desprovistas de contenido empírico, ofrece el modelo de esta determinación. El orden simbólico opera en el nivel de lo estructurante y determina al sujeto como sujetado. La estructura no opera como modelo teórico sino como la máquina original que pone en escena.

Al proponer a la estructura como la maquinaria que sujeta y pone en escena, surge la necesidad de incluir la subjetividad y la temporalidad. Al concebirse la estructura como invariante se reduce la historia al acontecimiento que opera como perturbador de la estructura sin poder reconocer en la estructura misma, las condiciones que llevan a su transformación.



Consideremos el esclarecedor pensamiento de André Green¹¹, quien se plantea las opciones metodológicas de la estructura y la historia y encuentra las dos corrientes referenciales en los desarrollos postfreudianos, enlazándolos con los desarrollos lacanianos.

El historicismo retoma los desarrollos infantiles para esclarecer lo que el discurso del analizado tiene de subjetivo y de objetivo. La angustia y el afecto pasan a primer plano.

La orientación estructuralista recupera el sentido latente mediante el estudio de las relaciones entre los significantes. Aquí el lenguaje es altamente valorado.

Para este autor el aspecto estructural del psicoanálisis está ilustrado por el complejo de Edipo como situación humana ejemplar. Con el Edipo toda oposición entre estructura e historia parece vana.

La historia en Psicoanálisis no es pensable fuera de la repetición y ésta remite a la estructura. Por otra parte el sujeto no está en su centro, la unidad temporal es ilusoria, sólo se lo puede entender a través de su posición para el otro, en su relación con sus progenitores, constituyentes de lo simbólico, al introducir una dimensión temporal-intemporal que implica la dimensión de la historia. Se puede distinguir el saber histórico que depende de la estructura y cierto saber que nos permite concebir una presencia de la historia independiente de la estructura. O más exactamente una conjunción-disyunción historia-estructura sin la cual la realidad psíquica no tiene sentido.

Incorporemos también, para finalizar, los aportes de Silvia Bleichmar (1994). Esta autora, enfatiza la necesidad de recuperar la temporalidad -el problema de la historia- en psicoanálisis. Para ello

¹¹ Green A. (1986) *Narcisismo de Vida, Narcisismo de Muerte*. Amorrortu Editores.



Bleichmar distingue varias posiciones: a-) la psicología del Yo: que concibe la historia como temporalidad lineal. Lo necesario está del lado de la evolución genética, lo contingente del lado de lo que perturba la armonía evolutiva prefijada; la regresión también es lineal. b-) M. Klein: quien pone el acento en la atemporalidad del inconsciente. La historia es la del movimiento pulsional. El tiempo es el movimiento en el cual se despliega la fantasía, la realidad, el espacio donde se realiza. c-) el estructuralismo: en él, la historia deviene realización del logos, estructura previa, el tiempo deviene mítico y la temporalidad se reduce a la diacronía de la sustitución significante.

Para superar las posiciones recorridas y recuperar el valor de la cuestión del tiempo y de la historia, propone tres ejes:

1- Lo histórico en su carácter de estructurante del aparato psíquico como proceso de instauración de lo originario (proceso singular aún en el marco estructural del Edipo) dando origen a un sistema de representaciones cuyo surgimiento no es endógeno ni atemporal.

2- Lo histórico en los tiempos mismos de estructuración del aparato, tiempos reales cuyos movimientos se pueden cercar para intervenir de modo transformador.

3- Lo histórico como necesidad de que lo contingente y azaroso no se subsuma en el acontecimiento sino que se inscriba a partir de las líneas de una humanización siempre abierta a retransformaciones.

En síntesis

El orden simbólico opera en el nivel de lo estructurante y determina al sujeto como sujetado. El enfoque estructural en psicoanálisis plantea el Edipo como modelo que permite comprender las variantes singulares. Este modelo del hombre no es pensado de modo reduccionista desde la historia o la estructura sino que se lo aprehende en su complejidad en una conjunción-disyunción de ambas.



Es en el pasaje a lo singular que se plantea con mayor prioridad el tema de la historicidad.

La necesidad, en nuestra disciplina, de incluir la subjetividad y la temporalidad, en la estructura, nos llevó a adoptar la sistematización integradora, elaborada por Otto Kernberg sobre los últimos desarrollos de la teoría de las Relaciones objetales, como veremos a continuación.

3) El concepto de estructura empleado en la cátedra Psicodiagnóstico:

O. Kernberg parte del concepto psicoanalítico de estructura mental formulado por Freud en 1923, que se refiere a la organización del aparato psíquico en tres instancias: Yo, Ello y Superyó. Considera además, los aportes de la Psicología Psicoanalítica del Yo, y especialmente la Teoría de las Relaciones Objetales.

El autor define entonces las estructuras como configuraciones relativamente estables de los procesos mentales que dinámicamente integran subestructuras, como las funciones cognitivas y defensivas de yo. Estas estructuras y subestructuras son derivados de las Relaciones Objetales¹² internalizadas, que son modificadas, fijadas y reactivadas en el contexto de las relaciones interpersonales presentes.

Esta manera de concebir las estructuras mentales se relaciona con el concepto de análisis estructural referido a la organización permanente de los conflictos inconscientes, particularmente del Complejo de Edipo como un elemento organizacional de la mente, con

¹² En lo sucesivo R.O.



una historia de desarrollo que está dinámicamente organizada y que es más que la suma de sus partes, incorporando experiencias tempranas y organizaciones de las vicisitudes de los impulsos en momentos específicos.

Mediante el análisis estructural, Kernberg propone describir las relaciones entre las derivaciones estructurales de las R.O. interiorizadas (que se organizan jerárquicamente), y los diversos niveles de organización del funcionamiento mental.

Las introyecciones, identificaciones e identidad del yo son tres niveles del proceso de internalización de las R.O., que constituyen sistemas de identificación y producen precipitados psíquicos. Constan de tres componentes básicos: a) imágenes objetales o representaciones objetales, b) imágenes de sí mismo, c) derivados o disposiciones instintivas a determinados estados afectivos.

La organización de los sistemas de identificación se inicia en un nivel básico de funcionamiento en el que la escisión es el mecanismo esencial de la organización. El grado de integración y desarrollo yoico y superyoico depende de la medida en que la represión y sus mecanismos afines hayan reemplazado a la escisión y sus mecanismos afines.

Existen, como sabemos, para este autor, tres organizaciones estructurales amplias: neurótica, borderline o límite y psicótica, que expresan sus características predominantes con respecto a: 1) prueba de realidad y cualidad del pensamiento; 2) grado de integración de la identidad y 3) organización y funcionamiento defensivo. A estos tres criterios llamados de diferenciación clínica, hemos agregado¹³ un cuarto criterio a tener en cuenta: 4) funcionamiento sublimatorio y creatividad.

¹³ Lunazzi H. (1992) *Lectura del Psicodiagnóstico*. Edit de Belgrano.



Si bien, el funcionamiento sublimatorio y la creatividad son efecto de la eficacia saludable, principalmente de la organización defensiva, las capacidades para el humor, el placer y el trabajo, constituyen un necesario criterio en la evaluación diferencial de los casos.

De esta manera, la organización estructural es el modo de organización permanente más profundo del individuo, a partir de la cual se producen tanto los ordenamientos y procesos patológicos (como la sintomatología) y los no patológicos (como el carácter).

Así la estructura sería la “base ideal de organización estable de los elementos metapsicológicos constantes en un sujeto” en tanto que el carácter aparece por otra parte, como el nivel de funcionamiento manifiesto y no mórbido de la estructura. La sintomatología se convierte en el modo de funcionamiento mórbido de una estructura dada si ésta se descompensa, es decir desde el momento en que los factores internos de conflictualización dejan de estar equilibrados en un juego eficaz sin ser perturbador en sí mismo, de los conflictos, mecanismos de defensa y adaptación (*Lectura del Psicodiagnóstico*, pág. 94).

En suma, en nuestra disciplina la estructura, pertenece al nivel metapsicológico, va más allá de lo fáctico, del carácter. Estructura es un concepto que habla desde lo profundo, dibujando un discurso que nunca queda plasmado, sino que se va dibujando constantemente. Es en este dibujarse que a veces se puede leer el ordenamiento de la estructura en el carácter o la estructura en sus síntomas. Pero aunque pueda leerse en sus síntomas, la estructura es mucho más que ellos, es la matriz arquitectónica que le permite la coreografía.

IV- Bordes y diferenciación de los conceptos de estilo, carácter y estructura respecto del concepto de personalidad



Para abordar este tema comenzaremos haciéndonos dos preguntas que encontrarán respuesta a lo largo de lo que continúa:

- 1) ¿El aparato psíquico (Freud, 1923) es la personalidad?
- 2) ¿Decir rasgo de carácter es equivalente a decir rasgo de personalidad?

Planteamos estas preguntas iniciales porque el concepto de personalidad, como veremos, desborda las instancias, las abarca a todas, más los atravesamientos relacionales e historizantes que se plasman u organizan de modo único.

Hemos expresado en las clases teóricas que el psicodiagnóstico transcurre en un espacio particular entre “la mirada” de la psicología o la psiquiatría y la “escucha” asimilada al psicoanálisis. También sucede que, en tanto práctica profesional, el psicodiagnóstico es generalmente puesto en acto por una demanda, que proviene de los actores de la comunidad, demanda que se formula en sus propios discursos. El concepto de personalidad, es tanto un concepto mayor de la psicología como un concepto instituido cotidianamente. También es un concepto que muestra algún desarrollo dentro de la teoría psicoanalítica. Es necesario, por lo tanto, que reconozcamos esta categoría y sus relaciones con las previas que nos vienen ocupando: estructura, carácter y estilo.

Haremos inicialmente algunas puntuaciones, destinadas a precisar la noción de rasgo, luego revisaremos algunas de las formas en que en teoría psicoanalítica se alude a personalidad y finalmente ya en el campo psicológico estudiaremos los aportes de J.C. Filloux y J. Piaget.

J. F. Rychlak (1981) define rasgo: como un constructo teórico que pretende capturar lo que es común para cualquiera o casi cualquiera en mayor o menor grado. Si nosotros decimos que alguien es



más o menos agresivo en su conducta, estamos empleando una descripción de rasgos. Las teorías de los rasgos usualmente derivan de las teorías de los tipos.

También, los tipos, conforman constructos teóricos que pretenden capturar la persona total de golpe. La teoría de la personalidad oral de Freud, dice Rychlak, es un ejemplo de un constructo tipológico. Rychlak, propone también considerar las nociones de estereotipo y teorotipo¹⁴.

Una de las primeras comprensiones que obtenemos de esta lectura es la de que **rasgo**, implica estabilidad, síntesis y permanencia y debe diferenciárselo, por lo tanto del concepto de **estado**.

Respecto de las nociones de carácter y personalidad, Rychlak (pág. 76), sostiene que Freud, ha utilizado de modo homólogo los conceptos de carácter y personalidad. Al respecto dice F. Rychlak “Hemos considerado los mecanismos de fijación y regresión en términos de cómo ellos “colorean” la personalidad (o como Freud lo llama, el carácter)”.

¹⁴ Siendo el teorotipo: una visión documentada, profesional de un cierto tipo de personalidad basado en evidencia clínica o estudios empíricos. Son ejemplos de teorotipos los llamados por Freud, oral, anal, etc., o los que Jung llama introversión y extraversión. En cierto sentido el teorotipo es un estereotipo sofisticado, empicado objetivamente y sin la intención de disminuir o elevar a las personas que se describen con él.

En cuanto a estereotipo: se lo define como un punto de vista popular de designar a ciertas personas, usualmente miembros de grupos minoritarios que pueden quedar tanto subestimados o sobrestimados. Creer que todos los negros son holgazanes o que los polacos son estúpidos, es una forma estereotipada de pensar. Igualmente lo es creer que todos los sacerdotes son altruistas o todos los soldados son valientes. (Rychlak pág. 278).



No obstante, Freud habría entendido a la personalidad como¹⁵ “al trabajo de elaboración de conflictos por parte del Ello, Yo y Super Yo¹⁶, incluyendo las represiones, sublimaciones y formaciones reactivas frente a las presiones instintivas, así como el compromiso resultante elaborado por los niveles topográficos de la mente”.

También S. Freud ha sugerido que es posible observar ciertas tipologías en todas las personas, según la línea evolutiva o las fijaciones o regresiones resultantes en Oral, Anal, Uretral, Fálica y por último Latencia, adolescencia y genitalidad. Sus descripciones dieron las bases para el reconocimiento de lo que ulteriormente constituyeron los “rasgos de carácter”.

Nos es útil por último, entender en los términos de J. Piaget a la personalidad como sistema, citado por J. F. Rychlak¹⁷ y que a continuación resumimos: plantea Piaget que la afectividad es el motor de toda conducta, pero la afectividad no modifica la estructura cognitiva. Lo que Piaget entiende por personalidad es, en general, el sistema total de esquemas interrelacionados y operaciones, tal como ocurre a través del sensoriomotor, con niveles intelectuales y afectivos.

Piaget también utiliza el término personalidad más específicamente para significar el carácter de la persona, esto es, la capacidad que la persona tiene para seguir un determinado curso de acción. El autor, refiere a la personalidad paralelamente a la

¹⁵ Rychlak J. (Op.Cit) pág. 76.

¹⁶ Freud, S. Vol XIII pág. 184.

¹⁷ Op. Cit. Pág. 126.



evolución de las operaciones formales. La personalidad comienza a emerger alrededor de los 8 ó 12 años, junto con la formación de sistemas de valores.

Piaget marca la distinción entre el self y la personalidad en todas las conductas.

El self es el más primitivo aspecto de la persona, en tanto que está cercano al egocentrismo.

La persona construye un esquema de Identidad, pero está todavía centrado en el self.

La personalidad implica un movimiento de descentramiento del self subordinando así las tendencias más egocéntricas para seguir un curso de acción.

Cada persona debe construir su propia personalidad, teniendo en cuenta que la más profunda tendencia de la actividad humana es un progreso hacia el equilibrio. La forma más alta de equilibrio reúne inteligencia más afectividad.

Notemos que Piaget al hablar de self lo hace en los términos más próximos al egocentrismo y no tanto como aquella dimensión del Yo portadora del sí-mismo -(Jacobson E. (1969), Hornstein (2000), Morin Edgar (1994), Goolishian y Harderson (1994)- como utilizamos en nuestra disciplina.

Consideremos ahora la definición clásica de J.C. Filloux (1970): “La Personalidad consiste en la configuración única que toma en el transcurso de la historia de un individuo el conjunto de los sistemas responsables de su conducta”. Observemos que esta definición tiene como características:

a) Habla de una obra o forma singular que se construye a través del tiempo.

b) Obra que es efecto de una matriz de ciertos componentes que posibilitan conductas y funcionamientos y no otros. Por ejemplo, en caso de una limitación intelectual congénita, la construcción de esa



personalidad contará con restricciones características en su funcionamiento intelectual.

c) Se trata de una noción psicológica, descriptiva y fenomenológica que no introduce nociones metapsicológicas psicoanalíticas para su inteligibilidad.

Si bien sabemos que en sus orígenes, Personalidad proviene de Persona, palabra que designa las máscaras que utilizaban los actores en el teatro griego, sin embargo como toda “vestidura” también es investida, por nosotros. Por ello, de ningún modo pueden pensarse como meros productos de la actividad conciente y voluntaria del sujeto. Señala J.C. Filloux “La personalidad tampoco significa la apariencia de que uno se reviste (‘adoptar’ una personalidad): esta apariencia no es sino un aspecto de la personalidad total, sea como determinante o como resultado” (Filloux, 1970. Pág. 10).

Por su parte H. S. Sullivan (Sullivan, 1970) giró el foco de la descripción de la personalidad hacia lo interpersonal en reemplazo de los aspectos intrapersonales de la conducta humana y el reconocimiento de los contextos o situaciones en los cuales tienen lugar. Su definición de personalidad se aproxima a la de relación interpersonal: concibe a “la personalidad como la entidad hipotética que puede abstraerse de las relaciones interpersonales básicas que hacen posibles las conductas”¹⁸.

Su postura puede tender a disolver la unquidad e individualidad de la personalidad en las relaciones sociales, ya que enfatiza que las respuestas del sujeto son efecto de sus interacciones. Tal cuestión,

¹⁸ Rychlak (Op.Cit.) pág.332



derivó en muchas críticas que fueron contestadas por H. S. Sullivan como “la ilusión de la personalidad individual”, cuando expresó: “Tanto como yo sé, cada ser humano tiene tantas personalidades como tantas relaciones interpersonales tiene y una gran cantidad de nuestras relaciones interpersonales son operaciones actuales con gente imaginaria, es decir en el sentido de seres o gente no encarnada o corporizada y ellas pueden tener la misma o mayor importancia en la vida que las intervenciones con gente materialmente corporizada como el empleado en el depósito del fondo del supermercado. Ustedes pueden ver que “la ilusión de la individualidad personal”, que parece bastante lunática cuando se oye por primera vez, al menos aporta material para pensar”.

Es útil señalar que Sullivan usa aquí individual para expresar solo uno. Algunos teóricos, como vimos, han enfatizado la individualidad como un aspecto de, o característica de unicidad, y aunque Sullivan no toma directamente este tópico, aceptó tal unicidad como la suma de los factores (objetivos, subjetivos, fantaseados, etc.) que se presentan enlazados en la acción del sujeto en situación. Acción que por otra parte, está sujeta por los modos característicos de posicionarse y responder, aunque admitamos un repertorio de diversas interacciones.

Hemos hecho referencia a este autor, el cual introduce conceptos (vínculo, situación) que actualmente tienen gran importancia, así como los de azar, indeterminación y temporalidad.

Como vimos, el concepto de Personalidad al que aluden algunos psicoanalistas¹⁹, desde sus propios esquemas referenciales teóricos, es también una categoría psicológica, como plantean J. C. Filloux., H. S.



¹⁹ Por ejemplo D. Liberman.

Sullivan o J. Piaget. También cuando hablamos de Yo, de modo similar que con otros conceptos, tocamos cuestiones de borde, ya que contamos tanto con la definición metapsicológica, como el uso no teórico sino cotidiano que se hace del término.

En términos cotidianos y no como instancia psíquica psicoanalítica, se entiende a la conducta como el producto de la interacción entre el aprendizaje y el sujeto.

El yo, por su parte, refiere a la visión particular que tienen los sujetos de la propia personalidad e individualidad.

Si concebimos a la personalidad como la organización global de la conducta del sujeto ante cualquier circunstancia, enfatizamos su cualidad de obra o “construcción”. Desde el nacimiento el hombre no deja de conducirse, la personalidad se elabora con procesos incluidos (inmanentes) en la corriente de conducta y que comienzan en el nacimiento. Con el crecimiento hay aumento de la tolerancia a la frustración, el bloqueo y el conflicto.

No podemos desvincular, por otra parte, a la conducta de la organización de la personalidad en sí misma. Uno y otro término aparecen en absoluta correspondencia e implican procesos en los cuales el sujeto toma información de sus realidades externas e internas y realiza operaciones de adaptación e integración, incluyendo motivación, aprendizaje e historia.

La historia de las conductas explicaría o pondría de manifiesto la formación de la personalidad. Entonces, la personalidad es el resultado de la conducta y es a la vez aquello que “conduce”, dirige la conducta.

Para abordar ahora, las diferencias entre aparato psíquico y personalidad, nos puede resultar ilustrativa la comprensión clásica que sobre el tema nos facilitó D. Rapaport: “El aparato psíquico es asimismo



una disposición de organizaciones emergentes. La comprensión de las personalidades de los participantes no explica un hecho social. De modo similar, el conocimiento de los impulsos de una persona, de los conflictos y vicisitudes de aquéllos, no hará comprensible su personalidad, ni siquiera necesariamente su patología. Tenemos una buena prueba de esto en los numerosos e infructuosos intentos de crear una nosología psiquiátrica basada en las vicisitudes de los impulsos. (...) Sin una orientación hacia el conocimiento de la estructura psíquica —y sin una aptitud técnica para ello— el conocimiento de los impulsos y conflictos no puede dar una imagen completa de la personalidad”. (Rapaport, D. 1967. Págs. 49-50)

Nos hemos remitido a este aporte pues deslinda con claridad el riesgo de los enfoques microscópicos: por ejemplo, instancias, impulsos, defensas, respecto de los macroscópicos como estructura, estilo o personalidad. Así como la estructura es un precipitado o cristalizado de organizaciones que pueden descomponerse en unidades de análisis más simples, la Personalidad integra el dinamismo, la temporalidad, los atravesamientos vinculares y la singularidad de las organizaciones subjetivas.

En síntesis

La personalidad es un constructo teórico, que se expresa en comportamientos. Podemos así entenderla como la organización global de la conducta del sujeto ante cualquier circunstancia.

- ¿Esta organización global corresponde o implica al carácter?
- ¿La consideraremos una función del Yo?
- ¿El aparato psíquico es la personalidad?



La personalidad implica al carácter, que consiste en una corteza protectora adaptativa y defensiva del adentro y del afuera y que es obra del trabajo del Yo.

La personalidad desborda al aparato psíquico, pero la capacidad de tramitación intra e interinstancias de él, afectará de modo concluyente la organización de aquélla y los niveles de patología o salud de su carácter.

Reservamos el concepto de rasgo de carácter a aquéllos descriptos en Teoría Psicoanalítica como propios de los niveles de fijación o regresión del carácter. Rasgos de personalidad pueden ser muchas cualidades descriptivas como “estético” o “dramático” o “pesimista” utilizadas para designar o reconocer modalidades de discursos, comportamientos o actitudes personales.

V- Aplicaciones en psicodiagnóstico

Los aportes de este trabajo son tanto teóricos como prácticos. Contar con nociones teóricas es disponer de los instrumentos mentales necesarios para entender la problemática e intervenir en la concreción de juicios clínicos apropiados a los casos.

Notamos a veces en nuestros alumnos, una tendencia reductiva, que los lleva a orientar los diagnósticos basándose en el sólo reconocimiento de la demanda o el posicionamiento del deseo, las cualidades de discurso, las defensas o los síntomas, cada uno de ellos principalmente de modo separado, lo que necesariamente desestima la complejidad del objeto del que pretendemos ocuparnos en Psicodiagnóstico.

La revisión, articulación y diferenciación de los conceptos de estilo, carácter, estructura y personalidad entre otros, facilita respon-



der a la demanda de Psicodiagnóstico de modo confiable y válido, ya que aporta:

1- Reconocer: disposiciones y condicionamientos originarios, lo que llamamos ciertas matrices móviles, atravesadas a su vez en las redes biológicas, fantasmático- vinculares y temporales.

2- Reconocer: las organizaciones paulatinamente emergentes de esas disposiciones, a su vez afectadas por avatares regresivos y/o transformadores en los cuales intervienen mecanismos regulatorios con mayor o menor éxito.

3- Reconocer: Las posibles formas de agrupamiento sólo idealmente unitarias en modelos formales que designen estilos.

4- Reconocer: los precipitados o cristalizaciones en el interior de la subjetividad (estructuras), ya con relativa fijeza o estructuración, resultantes de aquellas organizaciones emergentes.

5- Reconocer: los intentos de caracterización de categorías portadoras de la pretensión de capturar de modo sintético, conjuntos de rasgos esenciales e identificatorios de los sujetos, dentro de un escenario de rasgos que puede ser muy amplio.

6- Reconocer: *asimismo*, que todas estas categorías portan límites predictivos y a su vez limitados cuando campos de sucesos e interacciones mayores las implican.

En consonancia con lo expresado en párrafos previos, así como el aparato psíquico no es la personalidad y la personalidad no es la subjetividad, también es pertinente recordar que tampoco el diagnóstico estructural, abarca el diagnóstico del sujeto, de lo que aquí se ha llamado



su subjetividad o incluso, el diagnóstico estructural abarca en términos psicológicos su personalidad.

El diagnóstico estructural, tal como practicamos en nuestra asignatura, nos permite arribar a las tres estructuras básicas aisladas por Kernberg, reconocer cómo esas estructuras se manifestarán en el diagnóstico clínico y cuáles son sus niveles y leyes de organización interna.

En suma, todas las categorías de las que nos hemos ocupado, valiosas de reconocer y diferenciar nos permiten establecer los “bordes” del sujeto, es decir las coordenadas especiales dentro de las cuales podemos situarlo. Pero para “hallarlo”, es decir capturar su unicidad, nos será necesario, como dijimos al comienzo, aprehenderlo como algo nuevo, un acontecimiento cuyas relaciones entre dimensiones, potenciales y actuales, manifiestas y profundas, vendrán aparentes en la red de recurrencias y convergencias que atraviesan todo el proceso psicodiagnóstico. Acontecimiento que tampoco, será totalmente un acontecimiento externo a nosotros mismos ya que estaremos implicados en el vínculo, los discursos y textos y convocados en nuestra capacidad de apertura para aprehenderlo. Ilustra creo con claridad, el sentido de lo recién dicho, la experiencia frecuente de nuestros alumnos quienes relatan los cambios en los distintos niveles de acceso a la subjetividad de “su caso”, desde cuando realizaron las entrevistas y administración, los primeros estudios técnica por técnica y atravesaron luego progresivas integraciones.

Ilustremos ahora, los beneficios prácticos de disponer de estas categorías:

Vamos a hacerlo nuevamente, bajo la forma de algunas preguntas en problemas comunes y respuestas:

Pregunta:

¿Podemos encontrar un funcionamiento de “Fachada” o presentación defensiva de un estilo, que encubra o sea diferente del estilo verdadero?



Respuesta:

Los estilos, en los términos de Shapiro, por definición constituyen un funcionamiento estable, sostenidos en agrupamientos consistentes y cristalizados de defensas, operaciones cognitivas, pérdida de realidad y experiencia afectiva e impulsiva. El estilo, es más que el funcionamiento defensivo, de allí el interés en nuestra disciplina de no trabajar con defensas aisladas.

La respuesta es negativa, dado que las defensas que se presentan han de corresponder necesariamente al estilo de referencia, de lo contrario no podemos hablar de estilo.

Pregunta:

¿Puede haber contradicción entre defensas y estilo? ¿las defensas de aislamiento, racionalización, intelectualización, etc, simultáneamente pueden implicar un estilo histérico? ¿podríamos proponer a su vez que se trate de un estilo impulsivo?

Respuesta:

Recordemos que los llamados mecanismos defensivos son operaciones que instrumenta el Yo frente a ansiedades o impulsos amenazantes que podrían originarle angustia. Estos mecanismos pueden ser utilizados a) de modo flexible y alternativo, según las distintas situaciones conflictivas que enfrente el sujeto, en una economía psíquica saludable; b) intervenir integrados a otra serie de componentes conformando un estilo; c) participar en la organización y consolidación del carácter.

Dentro de un estilo propiamente dicho no se concibe discordancia defensiva ya que se desarticularía el estilo mismo. Cuando se presentan contradicciones es apropiado plantearnos las hipótesis de descompensaciones en una organización de carácter, por ejemplo en situaciones traumáticas o respecto de la estructura.



Pregunta:

¿Las estructuras tienen estilos?

Respuesta:

El estilo obsesivo-compulsivo puede normalmente emanar de la estructura neurótica, pero también puede participar de la construcción de un carácter al cual subyace una estructura psicótica.

También en la estructura límite (borderline) distintos rasgos de carácter, en apariencia propios de estilos distintos, pueden acompañarla simultáneamente, ya que ella se manifiesta en cuadros, característicamente polisintomáticos.

Pregunta:

¿Existe un carácter o modalidad defensiva que no se corresponda con la estructura?

Respuesta:

La ausencia de correspondencia es frecuente en casos de simulación y en formaciones de carácter que preservan de la perversión o de la desorganización psicótica.

Pregunta:

¿Cómo diferenciar entre carácter obsesivo y estilo paranoide?

Respuesta:

Para abordar este tema que se plantea como un problema de diagnóstico diferencial, es interesante el aporte de K. Abraham cuando propone en la etiología de la neurosis obsesiva y la paranoia, la marca del punto de regresión de estas patologías a la misma fase. Comparten la misma fase pero distintos niveles: la neurosis obsesiva tiene el punto de fijación y regresión a la fase anal retentiva, y la paranoia tiene su punto de fijación y regresión a la fase anal expulsiva. No es por azar



que este autor ubique un punto de regresión a la misma fase en estas dos patologías. ¿Se podría plantear que de la neurosis obsesiva a la paranoia hay un paso? ¿O que existen formas posibles de transición entre una y otra?, dado que en neurosis obsesivas muy graves, se plantean problemas serios de diagnóstico en lo que hace a su distinción con la paranoia.

Tratándose de un problema diagnóstico importante, para el cual el Psicodiagnóstico cuenta con las herramientas de elucidación necesarias, contestaremos la pregunta en primer lugar repasando al respecto conceptos precisos de Shapiro y luego retomando las cuestiones técnicas con que opera nuestra disciplina.

Volvamos a Shapiro: “Una forma o estilo de funcionamiento, no es siempre fácil de identificar. En general estamos inclinados a prestar atención al contenido de una comunicación o un acto, y advertir su forma, requiere una clase diferente de atención, quizás más pasiva en algunos aspectos. Pero cuando uno advierte la forma, con frecuencia constituye una experiencia emocionante y vívida, un nuevo aspecto de una cosa familiar”. (Op. Cit. Pág. 14) y luego, “En los test, en especial el de Rorschach, las formas de pensamiento y percepción constituyen (o al menos deberían) el material primario del que se extraen inferencias respecto del diagnóstico, los mecanismos de defensa y los rasgos de carácter” (Op. Cit. Pág. 16). Nos ocupamos antes del carácter obsesivo-compulsivo operando como dique defensivo de una desorganización psicótica o perversa. Cuando constituye rasgos puede componer un estilo obsesivo-compulsivo que es reconocible con facilidad del estilo paranoide. En los indicadores del Rorschach que regularmente transmitimos, las localizaciones, determinantes y contenidos de uno y otro estilo los diferencian con claridad.

La diferenciación entre carácter, estructura y estilo se aborda en Psicodiagnóstico con los criterios técnicos de recurrencia, ponderación, convergencia dinámica, consistencia, eficacia adaptativa



o defensiva dinámicamente presentes en los casos, una vez que se ha propuesto una hipótesis estructural preliminar. Se vuelve posible describir formas de funcionamiento que involucran una matriz para síntomas específicos y rasgos y que determinan la forma que un rasgo o síntoma dado puede tomar en un sujeto en relación a la estructura.

El estilo paranoide puede aparecer con efectos en la estructura neurótica, borderline o psicótica. Podemos definir la gravedad que implica en relación a los siguientes grados:

- a) Según el grado de distorsión entre las acciones, las emociones y los estímulos que las desencadenan.
- b) La distorsión de la prueba de realidad,
- c) El grado en que la proyección, como mecanismo, ha sistematizado o no los objetos amenazantes o peligrosos.

El impacto del estilo paranoide en la neurosis, lo hemos caracterizado diagnósticamente como “tendencia paranoide”. En la estructura Border se corresponde con el “estado o carácter paranoide”²⁰ cuando presenta un grado consistente de organización, mientras que en las psicosis hablamos de “paranoia” o “esquizofrenia paranoide”. No bastaría, en consecuencia el diagnóstico de “es un paranoide” o “paranoia”, es imprescindible establecer su relación con la estructura de base.

Si bien a menudo pueden en su presentación confundirse, el estudio de los contenidos, defensas, análisis temático, recurrencias, etc. en el Psicodiagnóstico permitirá establecer el peso o la ponderación de las defensas propias de la neurosis obsesiva respecto de la proyección.

²⁰ Manteniendo la conceptualización de Roy Schafer.



Un desafío especial a evitar, en el diagnóstico diferencial, lo constituyen los sujetos resistentes que ofrecen protocolos Rorschach “guardados” con escaso número de respuestas o “defensivos” mediante excesivo número de respuestas del determinante Forma y respuestas Populares, que se acompaña en el resto del psicodiagnóstico con historias cliché y gráficos convencionales. Es imprescindible para asegurar la validez del diagnóstico del Rorschach obtener un número de respuestas no menor a 14, o instrumentar la prueba de límites provocando la producción de respuestas distintas. Esto último también es indicado en las otras técnicas que arrojen producciones resistenciales.

Pregunta:

¿Pueden dos estructuras superponerse?

Respuesta:

Damos por aceptado que las estructuras son excluyentes, no hay mezcla entre ellas, puesto que epistemológicamente constituyen modelos teóricos. Pero sobre una estructura pueden inscribirse una variedad de estilos y rasgos de carácter y eventualmente situaciones de descompensación o desestructuración que ofrezcan una lectura confusa desde el punto de vista clínico. Es en este aspecto especialmente que la contribución del Psicodiagnóstico se vuelve primordial ya que dispone de los recursos para elucidar el problema vía diagnóstico diferencial.

Revisión final

Aspirando haber sido lo suficientemente amplia y clara en el recorrido de este complejo cometido, repasemos las principales nociones desarrolladas.

Carácter: proviene del griego significando marcar o acuñar. En latín, proviene de *generus* y *genus*, indicando la manera o modo de



ejecutar una cosa o tarea. Retendremos tres sentidos: 1) el formal: aquello por lo cual se diferencia algo y lo caracteriza: su sello (período impresionista, personaje, etc.); 2) el sentido ético: aquel aspecto de la personalidad que engendra estabilidad y fidelidad a sí mismo (definición o firmeza que facilita el autoreconocimiento y la autorepresentación, permitiendo las bases del comportamiento voluntario) y 3) el psicológico: indicando la peculiaridad del sujeto en su sentir, obrar, decisiones voluntarias, objetivos, valoraciones, juicios, creencias. Todas las manifestaciones en que la existencia personal adquiere la fisonomía que la diferencia de las demás.

Los rasgos de carácter son las organizaciones y estructuras habituales de conductas, que predominan de forma firme, tienden a ser permanentes y vinculados con disposiciones neurológicas y ambientales²¹; Freud describió, por ejemplo, el carácter anal y las formaciones reactivas que lo constituyen, determinando rasgos: pulcritud, limpieza, orden, meticulosidad, escrupulosidad, perseverancia y tenacidad.

También la personalidad es singular y única, pero es un concepto histórico y dinámico puesto que se constituye en relación con determinismos sociales, genéticos, históricos. El carácter es la forma en que se plasma la personalidad en lo manifiesto, fenomenológicamente, se capta desde "afuera". También tiene carácter meta-psicológico pues pueden reconocerse niveles de fijación y patología.

La neurosis de carácter designa a un tipo de neurosis en la cual el conflicto defensivo no se traduce por la formación de síntomas

²¹ Según Allport.



claramente aislables, sino por rasgos de carácter. Los mecanismos más a menudo invocados para explicar la formación del carácter son la formación reactiva y la sublimación, destinados a proteger al sujeto no sólo de la amenaza pulsional sino también contra la aparición de síntomas. Desde un punto de vista descriptivo la defensa caracterial se diferencia del síntoma por su relativa integración al yo (egosintónica) dando lugar al desconocimiento del aspecto patológico del rasgo de carácter: por ejemplo la tenacidad, cuando se vuelve excesivamente rígida.

El estilo define al punzón que utilizaban los antiguos escribas para grabar en tablas. Alude a la manera de escribir o hablar privativa o peculiar de un escritor. Para los retóricos habían estilos festivos, didáctico, oratorio, epistolar, irónico, florido etc. siendo el sello de su personalidad literaria. Observemos que se define al estilo como el carácter propio que imprime el artista a sus obras, en tanto orden y método de actuar. Estilo y carácter comparten la dimensión formal. La forma remite a la figura o determinación exterior de la materia. La forma es tanto la disposición o expresión de una potencialidad o facultad de las cosas como el molde en el cual se vacía y delimita (forma) algo, su configuración. En contraposición a la forma estaría la esencia, causa o sustancia, principio activo que con la materia prima constituye la esencia de los cuerpos.

El estilo, siguiendo a D. Shapiro, comporta la matriz amplia del modo de funcionamiento de un sujeto. Constituye un enfoque formal pero abarca un conjunto de estructuras psicológicas tales como pensamiento, percepción, memoria, afecto, etc. Como concepto el estilo es una matriz donde se cristalizan los diversos rasgos, mecanismos de defensa manifiestos en modos de funcionamiento estables y característicos referidos, a los modos de sentir (experimentar la emoción) pensar (modos de atención, demora, organización de la exploración del campo estimular, su procesamiento e ideación) y actuar (experimentar y tramitar la descarga de impulsos).



La diferenciación entre funcionamiento o estilo y carácter y estructura, reviste la diferenciación y relación entre modelos teóricos, por ejemplo estructura y sus emanaciones y manifestaciones en las áreas metapsicológica y empírica. Los modelos permiten la predicción y hacen inteligibles los hechos observables.

El instrumental teórico y técnico del Psicodiagnóstico, ofrece los recursos de elección para resolver difíciles problemas clínicos de diagnóstico diferencial.



Bibliografía

- Bergeret, J. (1983) *Personalidad normal y patológica*. Gedisa. Madrid.
- Bergeret, J. (1992) *Psychologie pathologique*. Masson. Paris.
- Bleichmar S. (comp.) (1994) *Temporalidad, Determinación y Azar*. Paidós. Buenos Aires.
- Diccionario Enciclopédico Sapiens* (1997). Epuyen.
- Ducrot, O. Tzvetan T. (1995) *Diccionario Enciclopédico de las Ciencias del Lenguaje*. Siglo XXI Editores. México.
- Fenichel, O. (1945) *Teoría Psicoanalítica de las Neurosis*. Morata. Madrid.
- Filloux, J.C. (1970) *La Personalidad*. Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba). Buenos Aires.
- Freud, S. (1896) *Manuscrito K, Las Neurosis de Defensa*. Obras Completas. López Ballesteros. Biblioteca Nueva Madrid, 1967.
- Freud, S. (1896) *Nuevas Observaciones sobre las Neuropsicosis de Defensa*. Obras Completas. López Ballesteros. Biblioteca Nueva Madrid, 1967. Madrid.
- Freud, S. (1905) *Tres Ensayos para una Teoría Sexual*. Obras Completas. López Ballesteros. Biblioteca Nueva Madrid, 1967. Madrid.
- Freud, S. (1908) *Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las Neurosis, El carácter y el erotismo anal*. Obras Completas. López Ballesteros. Biblioteca Nueva Madrid, 1967. Madrid.
- Freud, S. (1923) *El yo y el Ello*. Obras Completas. López Ballesteros. Biblioteca Nueva Madrid, 1967. Madrid.
- Freud, S. (1932) *Nuevas Conferencias de Introducción al Psicoanálisis Conferencia 32: Angustia y Vida Pulsional*. Obras Completas, T.XXII. Amorrortu.
- Goolishian H. y Harderson H. (1994) *Narrativa y self: algunos dilemas postmodernos de la psicoterapia*. Nuevos Paradigmas, Cultura y Subjetividad. Schnitman D. (Comp.) Paidós. Buenos Aires.
- Green A. (1986) *Narcisismo de Vida, Narcisismo de Muerte*. Amorrortu Editores.
- Green A. (1995) *La metapsicología revisitada*. Eudeba. Buenos Aires.
- Gurman, I. (1996) "Carácter: un obstáculo en la clínica Psicoanalítica.



- Trastornos del carácter”, en *Revista Actualidad Psicológica* (Marzo, 1996) Año XX, N°229. Buenos Aires.
- Hornstein L. (2000) *Sublimación y Creatividad*. Abreletras Psicodiagnóstico 3. La Campana. La Plata
- Hornstein, L. (2000) *Narcisismo. Autoestima, identidad, alteridad*. Paidós. Buenos Aires.
- Jacobson E. (1964) *The Self and the object world*. New York International Universities Press. New York.
- Kernberg, O. (1978) *La Teoría de las Relaciones Objetales y el Psicoanálisis Clínico*. Paidós. Buenos Aires.
- Kernberg, O. (1987) *Trastornos Graves de la Personalidad*. Taller. México.
- Kris, E. (1955) “Neutralization and Sublimation”, en *The Psychoanalytic Study of the Child*, 10. New York: International Universities Press. New York
- Lacan, J. (1985) *Escritos I y II*. Siglo XXI Editores. México.
- Laplanche y Pontalis (1971) *Diccionario de Psicoanálisis*. Labor. Buenos Aires.
- Lévi Strauss, C. (1970) *Antropología Estructural*. Eudeba. Buenos Aires.
- Liberman, D. (1976) *Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico*. Nueva Visión. Buenos Aires.
- Lunazzi de Jubany, H. (1992) *Lectura del Psicodiagnóstico*. Fundación de Belgrano. Buenos Aires.
- Maldavsky, D. (1992) *Teoría y clínica de los procesos tóxicos*. Amorrortu. Buenos Aires.
- Maldavsky, D. (1991) *Procesos y estructuras vinculares*. Nueva Visión. Buenos Aires.
- Morin Edgar (1994) *La noción de sujeto. Nuevos Paradigmas, Cultura y Subjetividad*. Schnitman D. (Comp.) Paidós. Buenos Aires.
- Najmanovich, D. (1998) “Inteligencia única o múltiple: un debate a mitad de camino”, en *Revista Temas de Psicopedagogía*. Publicación de la Fundación Eppec. N° 7.
- Najmanovich, D. (2001) “Pensar la subjetividad”, en la *Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social*. Ftad. Cs. Económicas



y Sociales. Univ. Zulia. Venezuela.

Navarro, J. (1996) "Carácter anal. Trastornos del carácter", en *Revista Actualidad Psicológica*. Año XX, N°229 (Marzo, 1996). Buenos Aires.

Rapaport, D. (1967) *Aportaciones a la Teoría y Técnica Psicoanalítica*. Pax México.

Reich, W. (1949) *Character analysis* (1933). Orgone Institute Press. New York.

Roitman, C. (1996) "Contribución clínica al estudio del desarrollo del carácter en la pubertad. Trastornos del carácter", en *Revista Actualidad Psicológica*. Año XX, N°229 (Marzo, 1996). Buenos Aires.

Rychlak, J. (1981) *Introduction to Personality and Psychotherapy*. Second Edition. Houghton Mifflin Co. Boston.

Shapiro, D. (1971) *Los Estilos Neuróticos*. Psique. Bs. As.

Spitz, R. (1960) *No y sí. Sobre la génesis de la Comunicación Humana*. Hormé. Buenos Aires.

Sullivan H.S. (1970) *La Entrevista Psiquiátrica*. Hormé. Buenos Aires.

Wallon, H. (1964) *Los orígenes del carácter en el niño*. Lautaro. Buenos Aires.

